

tos, tan fecundos en expedientes, cuyos alcances penetran tan allá; aquellos oráculos de la prudencia humana; ¿saben por ventura adonde caminan? ¿han tomado algunas providencias para su propia seguridad? ¿están alerta para no dormirse sobre el borde del precipicio?

Aquellas mujeres del mundo, criadas en la delicadeza y en el regalo, ocupadas únicamente en su ociosidad, en sus adornos, y en sus diversiones; aquellas mujeres, víctimas de la vanidad y del orgullo, que solo tienen de cristianas el nombre y la esterilidad, ¿piensan acaso que no está muy distante la sepultura; que el día va declinando; y en medio de esos estrados brillantes, de esos profanos saraos, de esos tocadores, escuela de inutilidades, de esos juegos, de esos licenciosos bailes, se acuerdan por ventura del destino que las está aguardando por toda la eternidad?

¡Cosa estraña! tendríase mucha lástima, trataríase de mentecato á un pobre hombre, que todo el día anduviese dando vueltas sin objeto, sin saber adonde iba; y esos jóvenes divertidos, eternamente descuidados sobre su último fin; esos hombres de negocios, esos esclavos de los placeres, esos mundanos tan ignorantes, tan insensibles en punto de religion, ¿se han de tener por prudentes y por discretos? Decidme, pobres hombres, ¿sabéis cuál ha de ser vuestra suerte?

El Evangelio es del cap. 7 de S. Lucas.

En aquel tiempo: He aquí detrás á sus pies, comenzó á que una mujer que era pecadora en la ciudad, luego que entendió que Jesus comia en casa del fariseo, tomó un alabastro de unguento: y estando

regar con lágrimas los pies de Jesus, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba, y los ungió con unguento.

MEDITACION.

De la dulzura de la penitencia.

PUNTO PRIMERO.— Considera que se forma una falsa idea de la penitencia, cuando se concibe llena de amargura y de disgustos. La corteza es amarga, pero el fruto es dulce. Púedese á lo menos comparar con las aguas del Mará, cuya amargura se convirtió en un gusto grato y suavísimo, luego que Moisés sumergió en ellas aquel leño, figura de la cruz del Salvador. (*Exod. 15.*)

Los sentidos, las pasiones, el amor propio encuentran, á la verdad, en la penitencia, aspereza y desabrimiento; mas el alma, que es la que únicamente la toma bien el gusto, la experimenta llena de una exquisita dulzura.

¿Qué cosa mas dulce, qué gusto mas delicioso, qué alegría mas llena ni mas sólida que la paz de Dios, la cual, como se esplica el Apóstol, *excede á todo sentido?* (*Philip. 4.*) Pues esta dulcísima paz es fruto de la penitencia. Formemos concepto de esta dulzura cotejándola con los penetrantes remordimientos de una conciencia delincuente, con aquellas inquietudes que despedazan el alma, con aquellos mortales sobresaltos, frutos naturales y necesarios del pecado.

¿Qué gozo no causa en todo el reino una amnistia ó perdón general del soberano! ¿qué consuelo el de un hijo rebelde cuando sabe que su padre le ha perdonado! Pues no es menor el que experimenta una alma verdaderamente mortificada y penitente; cada acto de mortificacion es como una nueva prenda del perdón de sus pecados; es una bien fundada presuncion de que el Señor la ha restituido á su gracia. Las espinas sirven de defensivo no menos al fruto que á la flor; pero sin comunicarles sus puntas. Por mas que los sentidos se estremezcan, por mas que se queje el amor propio, gusta el alma una exquisita dulzura, cuando se deja percibir en ella la uncion de la divina gracia, que siempre acompaña á la verdadera penitencia. En estando serena la conciencia, el corazon está contento. El pecador, dice el Espiritu Santo, afecta tambien sus apariencias de paz, y aun pretende persuadirnos que la goza; pero bien sabe él mismo que miente, y que está muy léjos de tenerla: *Pax, pax, et non erat pax.* (*Jerem. 6.*) Al contrario, añade en otra parte el mismo Espiritu Santo, bien podeis decir al hombre justo que se consuele; porque la alegría, la paz, la abundancia de los consuelos interiores son herencia suya que le pertenece; son bienes reservados para él, que embotarán perpetuamente la punta á todas sus penitencias: *Dicite justo quoniam benè.* (*Isai. 3.*) ¿Cuándo, Señor, ha de llegar el tiempo en que creamos mas á vuestra divina palabra que á las erradas preocupaciones de los sentidos, y á las falsas sugestiones del enemigo de la salvacion?

PUNTO SEGUNDO.— Considera que esta dulzura de la penitencia consiste propiamente en aquella paz del alma despues que se convirtió á su Dios; en aquella suavidad interior, en aquella secreta alegría, en aquella dulce esperanza, en aquella confianza filial, que hacen gustar con anticipacion á las almas mortificadas y penitentes

las alegrías del cielo; en fin, en aquellas tiernas lágrimas llenas de consuelo, que tal vez derraman á los pies de un crucifijo, en las cuales hallan placer mas delicioso, gusto mas esquisito que en todas las fiestas y diversiones del mundo. De aquí nacen aquel semblante siempre risueño y apacible, aquella tranquilidad, aquella paciencia inalterable, aquella constante igualdad de humor que se observa por lo comun en los hombres mas penitentes. El agrado, la dulzura con que tratan á sus hermanos es prueba evidente de la que gozan en su corazón.

Son rígidos, son penosos los ejercicios de la penitencia, es verdad; el ayuno macera la carne, la modestia humilla el espíritu, el retiro y la soledad tienen su amargura; á la mortificación interior no la faltan sus espinas, ni á la exterior sus disgustos. Pero pregunto: ¿es cosa imposible? añado mas, ¿es cosa que se vea raras veces el que debajo de estas voces que asustan, de estas apariencias que estremecen, de esas espinas que punzan, se hallen escondidas mil dulzuras, mil flores verdaderas? Consultemos el parecer de todos los santos; pongamos los ojos en Sta. Maria Egipcíaca entre los horrores del desierto. ¿Quién la pudo tener en él por tantos años? La gracia del Redentor; no tiene duda. Pero si esta gracia no encerrara el secreto de hacer dulce la soledad, agradable la estancia espantosa del desierto, fáciles las penitencias mas asombrosas, y delicioso el continuo ayuno, ¿creeríamos que una mujer jóven, delicada, criada entre las delicias del mundo, pudiese pasar tantos años en los ejercicios rigurosos de tan asombrosa penitencia?

El ayuno que se nos hace tan pesado, tan impracticable, cuando le prescribe la religion, ¡cuántas veces se nos hace muy fácil, ó por cortejar á un grande, ó por hablar á un ministro, ó por adelantar alguna diligencia en una pretension, ó por tomar unas cuentas, ó por informarnos de un pleito, ó por asistir á una fiesta, ó por no levantarnos del juego! ¿qué silicio mortifica tanto como esos zapatos que oprimen, esas cotillas que ahogan, esa desnudez que hiela, esa estravagancia de modas que tienen á tantos y á tantas en una continua tortura?

¡Mi Dios! ¡cuantas vanas aprehensiones se disparan en punto de penitencia con un poco de reflexión, y con un mucho de religion! Disponed, Señor, que las que acabo de hacer no sean inútiles. Conozco que debo hacer penitencia; seria el hombre mas infeliz, si me muriera sin haberla hecho. Aunque no hallara en ella mas que amarguras, siempre seria para mí muy saludable; pero siéndome tan necesaria, no puedo ya dilatarla para otro tiempo.

JACULATORIAS. — Dadme, Señor, á gustar aquella alegría, que es prenda de la paz con vos. (*Psalm. 50.*)

Si, Señor, á proporcion de las mortificaciones con que he macerado á mi cuerpo, son los consuelos con que habeis regalado á mi alma. (*Psalm. 95.*)

PROPOSITOS.

1 La penitencia solo es amarga en la idea de los que jamás gustaron los frutos de ella. ¡Cosa estraña! todo asusta á los sentidos, cuando se ofrece hacer alguna mortificacion por amor de Dios; y estos mismos sentidos se conservan muy serenos siempre que el mundo, la pasion ó el interés los presenta el propio objeto. Haz hoy alguna reflexion sobre los trabajos que has padecido, sobre las mortificaciones que has tolerado, sobre lo que has tenido que sufrir por el mundo, por tus amigos, por satisfacer una pasion, por algun interés, ó por alguna condescendencia: y compara estas penitencias inútiles y amargas con la que has hecho por tus pecados. ¡Qué desigualdad! Contentariase Dios con que hubieses hecho por su amor mucho menos de lo que has hecho por el mundo. ¡Y qué consuelo seria ahora el tuyo, si hubieras padecido algo por amor de Dios! ¡Qué alegría, qué satisfaccion se siente en la Pascua, cuando se pasó la cuaresma en ejercicios de penitencia! Y cuando tú mismo has padecido algo por motivo de religion, ¡qué gozo es el tuyo! Si no lo has experimentado hasta ahora, haz luego la esperiencia. Resuélvete á mortificarte hoy con espíritu de verdadera penitencia; y á la noche gustarás el dulce consuelo que te producirán tus mortificaciones.

2 Pero son muy inútiles los propósitos, vagos é indeterminados: para que sean eficaces es menester descender á cosas particulares. Primero: en lugar de irte á pasear, ó hacer alguna visita, cuando menos inútil, vete á una iglesia á llorar á los pies de Jesucristo tantas bellas horas como has perdido en vanos entretenimientos. Segundo: hay mil pequeñas industrias para mortificar el cuerpo sin detrimento de la salud. Estar de rodillas sin arrimarse; privarse de ciertas diversiones, por otra parte permitidas, á que se tiene inclinacion: prohibirse por espacio de un año ciertos manjares, ciertas frutas, ciertas golosinas, á que inclina vehementemente el apetito; negarse ciertas delicadezas, que en suma no son mas que refinadas invenciones de la sensualidad; no comer jamás sin sazonar la comida con alguna mortificacion: en fin, hacer todos los dias, ó á lo menos en determinados dias de la semana, y singularmente las visperas de las fiestas, y aun los

mismos dias de comunión, algunas penitencias, con aprobacion del confesor. Las dulzuras interiores que acompañan de cerca á estos piadosos ejercicios, te convencerán presto de que los frutos de la penitencia solamente son amargos en la aprehension de los que jamás los gustan.

DIA IV.

MARTIROLOGIO.

SAN ISIDORO, obispo en Sevilla de España, esclarecido en santidad y doctrina, el cual con el zelo de la fe católica, y con la observancia de la disciplina eclesiástica, ilustró las Españas. (*Véase su vida en las de este día.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES AGATÓPODES, diácono, y **TEODULO**, lector, en Tesalónica, los cuales en tiempo del emperador Maximiano y del presidente Faustino, por confesar la fe católica, les ataron al cuello una gran piedra, y los arrojaron al mar.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN AMBROSIO, obispo y confesor, en Milan, por cuyo zelo, dejando aparte otras pruebas maravillosas de su doctrina y milagros, se convirtió á la fe católica cuasi toda la Italia, abandonando la perfidia arriana.

SAN PLATON, monge, en Constantinopla, el cual con ánimo invencible resistió por muchos años á los herejes destruidores de las sagradas imágenes. (*Véase su vida en las de este día.*)

SAN ZOSIMO, anacoreta, en la Palestina, el cual enterró el cadáver de santa Maria Egipcíaca.

SAN ISIDORO, ARZOBISPO DE SEVILLA.

SAN Isidoro, nobilísima hermosura de la Iglesia católica, célebre doctor entre los ortodoxos, en nada inferior á los santos Padres que le precedieron, doctísimo hasta el fin de los siglos, digno de nombrarse con reverencia, con cuyo elogio celebraron su mérito los Padres del concilio octavo de Toledo, nació en la ciudad de Cartagena de España. Sus padres, Severiano, capitán de la milicia correspondiente á aquel departamento, y Turtura, señora de grande mérito, mas recomendables ambos por su religiosidad, que por su leal sangre, aunque tenian bien acreditada su piedad cristiana en la educación de sus hijos S. Leandro, Fulgencio y Florentina, á quienes tributa culto la Iglesia; parece, si cabe, que se escedieron en la crianza de Isidoro, último fruto de las bendiciones que les concedió el Señor en su dichoso matrimonio, movidos de las señales con que el cielo quiso mani-



S. ISIDORO.
ARZOB. DE SEVILLA.